

BOLETÍN

DE LA

INSTITUCION FERNAN GONZALEZ

PUBLICACIÓN SEMESTRAL

Año XLIX

Segundo semestre de 1971

Dep. legal BU-7-1958

Núm. 177

TEMAS DEL MILENARIO DEL BUEN CONDE

POEMA

DE LA

LEALTAD CASTELLANA

« ..... »  
..... »  
Fablo Nunno Laynes de seso natural  
Buen cavallero de armas e al sennor leal.  
Començo su raçon muy fuerte e oscura  
Fagamos sennor de una pyedra dura  
Semeiable al buen Conde e dessa mesme ñechura.  
Aquella imaien fagamos todos nuestra jura  
Ansy commo al Conde, todos las manos besemos.  
Pongamosla en un carro ante nos le tengamos  
Por amor del buen Conde, por sennor le tengamos.  
Pleito e omenaje todos a ella fagamos».

(Anónimo de Fernán González, estrofas 653-655.)

Castilla, la naciente, se agita en convulsiones y en ansias de pelea. Por sus besanas, en las ya no ahonda el arado codicioso

de pan y bienestar, y por sus ásperos montes, alcotes y laderas que los rebaños despavoridos huyen, resuenan desacordes aires de guerra y gritos de apellido. Huérfanas de caudillo, ya que a Fenán González el señor bienamado, le fue adversa la suerte y sufre y se retuerce de ira, en celada prisión que el rencor leonés le deparara, se apresta a su defensa:

**Los caballeros castellanos:  
Campana muy lacrada.  
Que sin Cabdiello aviniese muy mal.**

Han congregado «ayuntas», en las que proveer al gobierno de la patria, apenas bosquejada y anhelante de encauzar sus destinos hacia seguro puerto. En ellas:

**«Fablo Nunno Laynes, de seso natural  
Buen cavallero de armas e al sennor leal.»**

Leal es al señor, Nuño Láinez —de hazañosa progenie—, y como él son al señor leales, aquellos pechos duros, que nunca fue Castilla tierra de mestureros; y nada importa que el buen Conde esté preso que aunque en León ausente, su recuerdo y sus hechos se encuentran bien presentes en los pechos altivos castellanos y al expandirse este amor del corazón al acto dan relieve y vida espiritual a un simulacro del caudillo en ausencia, para que con todo su heredado prestigio pueda ser a la vez freno a las ambiciones, aliento en los afanes y guía en las batallas, y así:

**«Fycieron su ymagen como antes dicho era.  
A fygura del Conde, desa mesma manera.  
Pusyeronla en un carro, de muy fuerte madera.  
Sobido en el carro entraron en la carrera.  
Todos chycos e grandes a la pyedra juraron.  
Commo a su Sennor, ansy le aguardaron.**

Canto de lealtad sencillo y emotivo a la par. Por su virtud el hilo de afección y cariño que anudaba y unía al desterrado con sus recios vasallos, se ha concretado ya en algo que produce sensación de presencia, y a falta de Caudillo, su efigie sabrá ser,

heraldo de victorias, desfacedora de entuertos y noble inspiradora de empresas de trabajo, para llegar así al día no lejano en que el altivo Ramiro II ante las premisas constantes castellanas, dé oreos de libertad y devuelva a Castilla al añorado Conde, para una vez dentro de ella jalonar el territorio con sonadas conquistas, plantando en sus fronteras, sin tregua dilatada, hitos de independendencia.

¿Qué hay de cierto y real en estas agridulces estrofas de la «quaderna vía» en las que el monje anónimo del cenobio de Arlanza, cinceló en su poema, el proceso de un momento crucial en la vida hazañosa del gran Fernán González? ¿Es el bello relato de una ficción poética o es, por el contrario, la referencia real de una gesta grandiosa, enmarcada y florida por el estro abundoso y la imaginación ardiente de un gran poeta épico? Difícil nos es hoy escudriñar por entre estos borrosos surcos de la Historia, sobre los que cayeron, con su no leve peso, el polvo y el olvido de un milenio; no olvidando tampoco que en la vida y en los hechos grandiosos de Fernán González: cuerpo de buenas mannas», como más tarde en los de nuestro Cid, Rodrigo de Vivar: «el que en buen ora nació», la historia y la leyenda se enlazan y confunden, con tal intimidad, que no es dable a la crítica, por perfecta y aguda que ella sea, poder discriminar a ciencia cierta donde fenece la segunda y comienza la primera.

Ni a los que aquí nacimos, gayos espectadores, siempre de esta exaltación férvida de la madre Castilla, nos incumbe —a fuerza de discriminaciones cicateras, que esgrimidas por nosotros llegarían a estultas— el separar el oro de la escoria, en este canto, con que el poeta, quiso exaltar a su vez la lealtad a prueba de sobornos de aquellos lejanos antepasados nuestros. Que todos sepan, que «esta es Castiella que así face sus omes y los gasta», y que no ignore nadie, que:

**De toda España, Castilla es la mejor.  
Porque fue de los otros el comienzo mayor.  
Y aun Castilla Vieja, al mí entendimiento.  
Mejor es que lo al porque fue el cymiento.**

Bello y firme cimiento que interna y adentra hasta aquellas siete remotas Merindades, cuna y crisol de España; desde donde Castilla se expandió generosa para esparcir sin reserva, por

todo el territorio, el tesoro sin límites de su lengua, de sus leyendas, canciones y decires, el encanto de sus amplias llanadas, el oro mate de sus rubios trigales, que el cierzo mañanero ondula y cabecea como riente mar preñado de promesas, el de sus altivas planicies y pelados recuestos y hasta el de sus yermos de duros trazos y perspectivas hoscas, ásperos e inmutables como la raza sobria que a su oreo constante supieron cincelar.

La entrega fue total y Castilla fue España, por dación callada y generosa de todas sus esencias creadoras. que al fundirse en la sangre de la hija bien querida, supo dar vitalidad pujante a Santos como Teresa de Jesús e Ignacio de Loyola; apóstoles de la fe, como San Francisco Javier y Fray Junipero; monarcas como Fernando el Santo e Isabel la Católica; héroes como Fernán González, el Cid Campeador y Hernán Cortés, ingenios como Cervantes y Lope de Vega; tipos tan humanos como la Celestina y D. Quijote; hazañas portentosas como la Reconquista, el Descubrimiento de América, la Guerra de la Independencia y nuestra memorable Cruzada Nacional. ¡Qué bella descendencia y cuán lucida prole para la vieja madre que entregó, sin reservas todo este noble acervo a la obra creadora de una Patria común!

Todo esto fue Castilla y con Castilla Burgos, Cabeza indiscutible de la misma, y porque fue todo eso, quiere esta remembranza exaltar tan viejas y heroicas virtudes que enmarcan y avaloran las más puras esencias espirituales de nuestra amada Patria; esencias y virtudes tan reciamente poseidas por aquellos vasallos, los que, si hemos de dar fe a este bello relato, se supieron, a una, mostrar tan épicos guerreros como hijos meritisimos de ésta:

**«Castiella la preciada,  
Non sería en el mundo tal provincia fallada.»**

---



## “EL AZOR Y EL CABALLO”

La conquista dificultosa y lenta de Castilla por Fernán González, realidad histórica que en el año 962 era ya un hecho consumado; empeño logrado a bote de lanza y filo de la espada, por el buen Conde y sus fieles y aguerridos «aces» se nos quiso pintar por los juglares y fue acogida por el anónimo autor del Poema de Fernán González, como un sencillo golpe, a la vez generoso y audaz del gran Fernán González, a través de sus obligadas relaciones con el Rey don Sancho de León. El curioso sucedido se desarrolla al través del bien conocido episodio del «azor y el caballo» ficción poética que se desenvuelve en las estrofas números 568 y 573 del Poema, en la siguiente forma:

**Llevaba don Fernando un mudado azor, (1)  
Non había en Castilla otro tal nin mejor;**

---

(1) *Azor*.—No es empresa fácil para el gran público de los días actuales, poco versado en el minucioso conocimiento de los hábitos y costumbres de las gentes de antaño, forjarse ni aun aproximada opinión, de la estimación que la baja Edad Media tuvo por estas aves rapaces, en su preciosa calidad de auxiliares indispensables para el ejercicio de la cetrería; rapaces que se conocieron con los nombres de azores, gavilanes y halcones.

En tanto y tanto se les llegó a estimar, que los grandes señores adornaban con ellas sus cimeras y figuraban como signo de un ilustre linaje en los escudos de armas de una buena parte de la nobleza medieval. Fueron particularmente queridas por las damas. En Milán se ordenó que en la plaza donde se reunían nobles y mercaderes, para la resolución de los asuntos atañentes a la buena marcha y administración de la ciudad, se colocasen perchas para que en ellas pudiesen éstos depositar, cómodamente, las rapaces. El Papa Eugenio III recomendó eficazmente a los reyes y príncipes que capitaneanon la tercera Cruzada, que no llevasen a ella a perros ni a rapaces, por estimar que unos y otros habían de ser forzosamente elementos de una distracción negativa. Pese a la prohibición papal, el monarca francés Felipe Augusto, llamó en Tolemaida, la atención por la hermosura y vigor de sus rapaces, una de las cuales (un halcón), logró escaparse y al posarse sobre el baluarte de la muralla, dio motivo para que en su persecución fuese movilizad una buena parte del ejército real. Asíole, finalmente un musulmán y al decir de la crónica, fue tal la cantidad que el rey francés entregó por el rescate del ave que hubiese sido muy suficiente para redimir a 400 cautivos.

Ni aun la Iglesia supo librarse de este influjo insensato y en el recinto mismo de los templos, como en las balaustradas de altares, brazos de las sillas de coro, etcétera, hallaron estas falcónidas cuidados acomodados. Podríamos alargar esta nota con el relato de otras extravagancias semejantes, pero es necesario cortar el casi increíble relato.

Otrosí un caballo (2) que fue de Almanzor;  
Había de todo ello el rey muy gran sabor.

De gran sabor el rey de ello se llevar  
Luego dijo el rey que lo quería comprar;  
Non lo vendo, gran señor, mandédes lo vos tomar:  
Vender non vos lo quiero, mas quiero vos lo dar.

El rey dijo al Conde que non se lo tomaría,  
Mas azor e caballo se los compraría;  
Que de aquella moneda mil marcos le daría  
Por azor e caballo, si dárselos quería.

Aveniéronse ambos, ficieron su mercado,  
Puso quanto se lo diesen a dia señalado;  
Si el haber non fuese aquel día pagado  
Siempre fuese cada día el gallarín doblado.

Cartas por a. b. c. (3) partido ahí ficieron:  
Todos los juramentos allí los escribieron;  
En cabo de la carta los dos suscribieron  
En quantos a esta merca delante estuvieron.

Asaz había el rey buen caballo comprado.  
Mas salióle a tres años muy caro el mercado;  
Con el haber de Francia nunca sería pagado.  
Por ahí perdió el rey Castilla y su condado.

(Poema de Fernán González, estrofas 568 a 573.)

Al través de estas curiosas y aún aleccionadoras estrofas de la «quaderna vía» se nos pinta el hecho de cómo el Rey leo-

---

(2) *Caballo*.—El término caballo, se aplicó, en textos medievales, al caballo de armas o de combate, distinguiéndose claramente del palafre o palafren, caballo de camino y de damas. Casi siempre, estos caballos de armas o de guerra eran llevados del diestro por escuderos, hasta las cercanías del lugar del campo de batalla, en tanto que los caballeros acudían allí jinetes en sus palafrenes, con el lógico fin de que los caballos de lucha llegasen menos fatigados y pudiesen realizar labor más eficiente una vez entablada la batalla. En el Ordenamiento de Posturas y otros capítulos generales, otorgado a Burgos por el Rey Alfonso X el Sabio en 1258 se tasa un caballo de batalla en CC maravedís de oro, el palafren C y la yegua XX.

(3) *Cartas partidas por a. b. c.*—En los documentos públicos refrendados por escribanos del número, de los que era necesario redactar dos, tres, cuatro o más copias iguales, una vez redactadas y colocadas, entre cada uno las letras a, b, c, se procedía a su separación, cortándolos de forma ondulante, precisamente por el campo de estas letras, entregándose después un ejemplar a cada otorgante. Este corte ondulatorio llevado a cabo entre el campo de las tres letras, servía después para garantizar la autenticidad de todos los documentos integrados por idéntico texto.

nés, prendado de las excelentes cualidades del azor y el caballo que el conde le mostraba, y al no querer —en modo alguno—, aceptarlos como donación graciosa del Buen Conde, se compromete solemnemente, en cartas selladas y partidas por a. b. c. a pagarle mil marcos como precio adecuado de ambas adquisiciones; pero no disponiendo de momento de momento de tan jugosa suma, se pacta por una y otra parte en solemnes diplomas, que llegado el plazo de vencimiento de la deuda, si ésta no era satisfecha de contado, su interés, o «gallarín» (expresión del poema para indicar el interés compuesto). «Si el haber non fuese aquel día pagado siempre fuese cada día el gallarín doblado».

Tal fue el pacto ajustado si hemos de dar fe al relato juglaresco; pacto absurdo, matemáticamente considerado, y tan sólo explicable como un hábil recurso poético del autor. Así las cosas, los años van transcurriendo, en su fatal carrera, sin que ni el Rey leonés ni el conde castellano parezcan acordarse de lo solemnemente estipulado en cartas partidas por a. b. c.; pero como tiene todo fin en este mundo, llegará, al cabo el día en el que rey y conde, enfrentados en una de las frecuentes contiendas que integraban el pan de cada día, en aquellos movidos y luchadores días, Fernán González recuerde al Rey de León el pacto suscrito, y aún no cumplido, años atrás, y como lógica consecuencia, exige un exacto cumplimiento de lo entrambos convenido; comenzando —uniendo la acción a la palabra, a saquear y robar por las tierras del monarca leonés. Este, realmente preocupado por el ingente montón de la deuda, ya que el gallarín le hacía ascender a una cifra astronómica, imposible de reunir ni aún por el más acaudalado monarca, recaba el saldo de la deuda, ofreciendo al buen conde, como compensación sabrosa y nutritiva la codiciada independencia del reino castellano. De esta forma —tan simple y tan sencilla—, en voz de los juglares que recoge el Poema, se vio Fernán González dueño y señor de la gentil Castilla.

Naturalmente, que la historia, menos amiga de leyendas y de consejas y más exacta y verídica como bebiendo en las fuentes reales de la verdad acaecida, nos dice que los hechos no han sucedido así sino que contrariamente Castilla, fue una presa difícil ganada, día a día, en pos de encarnizadas luchas y de cuantiosa sangre derramada en cruentas y frecuentes batallas. ¿Qué significación y qué alcance habremos, pues, de otorgar

a este bello episodio del azor y el caballo? En nuestra modesta y desautorizada opinión apoyada en la sabia palabra del maestro Pérez de Urbel entendemos que el episodio del azor y el caballo, puede —sin dificultad— entrar en los campos históricos, aunque no, en modo alguno, como el precio de la libertad heroicamente conseguida de Castilla, sino como homenaje cordial y respetuoso que el Conde de Castilla ofreció y como respetuoso reconocimiento a la dignidad de la realeza, simbolo de los lazos que seguían uniendo a Castilla y León. Solamente así se podrá asignar algún valor y alguna significación histórica al tan divulgado episodio del azor y el caballo, que recogido de los relatos juglarescos supo incrustar en su Poema el anónimo y genial monje del cenobio de San Pedro de Arlanza.



## LA BATALLA DE HACINAS

Fue, éste, el empeño más logrado aunque también más trabajosamente conseguido por el buen conde. Nada menos que 197 estrofas de la «quaderna vía», número, ni con mucho, igualado en las descripción de cualesquiera otro de los pasajes y exposiciones del Poema, dedicó, el armonioso juglar de San Pedro de Arlanza a la detallada y metódica conmemoración de esta magna efemérides; descripción en la que el poeta se recrea y complace más y más, a medida que se va adentrando en la descripción de los sonados sucedidos que relatados, unos en pos de otros, integran la trama de este acaecimiento, que por sí solo podemos afirmar que cumple con holgura las condiciones exigidas a un breve pero expresivo poema épico-heroico.

Se inicia el complejo y bélico relato, recordándonos el juglar, cómo el caudillo musulman, Almanzor, rumiando con su derrota deseos de desquite, recluta en Africa un ejército numeroso e ingente, en la siguiente forma:

**Quando fueron yuntados, pasaron allende la mar,  
arribaron al puerto que dicen Gibraltar,**



**Coidóse Almozorre del buen Conde vengar,  
Por amor de acabarlo non se podía dar vagar.**

**Córdoba e Jaén con toda Andalucía,  
Lorca e Cartagena con toda Almería,  
De muchas otras tierras, que nombrar yo non sabría,  
Ayuntó Almozorre muy gran caballería.**

Almanzor avanza como en tromba desde Gibraltar:

**Cuando fueron yuntados comenzó a venir;  
Bien coidó a España sin falla con querer,  
E quel Conde Castellano non se la podría foir,  
Que le farian en presión muerte mala morir.**

**E eran en Facinas ya la gente maldicta,  
Todos los castellanos eran en Pidrafita  
El Conde, que la su alma de penas sea quita,  
Fuese para San Pedro a esa su ermita.**

El buen conde, cuya faceta religiosa se acusa en este episodio como en ningún otro del Poema; consciente de la enorme responsabilidad que en esta magna empresa recae sobre sus hombros, se acuerda —y muy intensamente—, de lo Alto, hacia donde con reiteración admirable encamina sus súplicas. Hasta tres celestiales valederos, van sucesivamente surgiendo en el épico y animado relato, siendo de entre éstos el primero San Pelayo, el monje humilde con quien Fernán González se encontrara, en día ya lejano, al tratar de penetrar airado en la persecución de un jabali, en la gruta que integraba el humilde cobijo de Pelayo y sus dos compañeros. El buen conde, en su cuita, se acuerda del bienaventurado y en busca de él se dirige a la ermita:

**Cuando fue a la ermita el Conde allegado,  
Demandó por su monje, don Pelayo llamado;  
Dijéronle por nuevas que era ya finado,  
Ocho días había e más no, que era soterrado.**

Justamente contristado por la ingrata noticia, el conde se tiende a reposar su penar, pero apenas echado:

**Apenas el buen conde estaba adormecido,  
cuando el monje Pelayo se le hizo aparecido;  
de paños como el sol todo venía vestido,  
nunca cosa más bella viera un hombre nacido.**

Pelayo exhorta al Conde para que confiando en Dios, presente, animoso, batalla a Almanzor, y en pos de este consejo se despidе de Fernán González, en la siguiente estrofa:

**«Amigo, ya te he dicho lo que a mi me ordenaron;  
me vuelvo para aquellos que hacia acá me enviaron».  
Dos ángeles hermosos de la tierra lo alzaron,  
haciendo alegría, al cielo le llevaron.**

Pero no cesa con este sucedido la protección, sino que, apenas acaba la escena de la aparición de Pelayo, otra segunda concurrencia celeste, la de San Millán, va a trastocar en legítimas esperanzas de victoria los temores que acuciaban al Conde:

**«Quando estaba en el sueño que soñara, pensando,  
oyó una gran voz que le estaba llamando;  
Levántate, y sigue tu vida, Don Fernando;  
Almazore te espera con él su fuerte bando.»**

**«No tardes, ve delante; si no perjuicio me haces;  
porque tanto te tardes en gran culpa me yaces,  
no des a Almazorre tregua ni hagas con él pazes;  
debes todo tu pueblo dividir en tres azes.»**

El buen conde, alegre y confortado por tan manifiesta intervención de lo Alto, de la que tan patentes pruebas viene de recibir: «se tornó a Piedrafita de donde era partido».

Llega hasta los suyos —enojados por la auencia del conde—, les anima y exhorta en largo parlamento, que se dilata al través de las estrofas 437 a 452 del Poema, en pos de cuya arenga dispone sus tropas, para enfrentarlas con Almanzor, en la siguiente y estratégica forma: La primera haz, bajo la capitania de don Gustio González de hazañosa progenie y estirpe nobilísima en cuyo seno, no muchos años después, surgirían los famosísimos «Siete Infantes de Lara», se integraba hasta por seis mil peones que constituían lo que pudiéramos llamar van-

guardia del ejército. El mando de la segunda haz, integrada por un número análogo de combatientes, recayó en don Lope el Vizcaino: «bien rico de manzanas, pobre de pan e vino». La tercera haz o retaguardia, integrada por unos tres mil hombres, procedentes de tierras de Castilla la Vieja, la Bureba y Castrojeriz, llevaba como capitanes a los Velasco y Cabia, ambos de hazañosas progenies.

Una vez que el buen conde contempló satisfecho estas bien dispuestas y organizadas fuerzas, y siempre previsor, ordena que las huestes tornen hacia sus tiendas para encontrar en ellas, el preciso descanso:

**«Cuando tuvo el buen Conde su cosa concertada,  
sus aces bien dispuestos y su gente ordenada,  
sabiendo cada uno, por donde era su entrada,  
tornaron a sus tiendas, para hacer su posada.»**

Así las cosas, la aparición durante la noche de un trasgo o serpiente ardiente, aparición que sembró el pánico entre aquellos hombres incultos y llenos de supersticiosos prejuicios, estuvo a punto de dar al traste con tan preparado aparato guerrero; ya que:

**«Vieron aquella noche una muy fiera cosa;  
venía por el aire una sierpe rabiosa,  
dando muy fuertes gritos, la fantasma astrosa  
toda venía sangrienta, bermeja como rosa.»**

Al fin, y no sin gran derroche de sus dotes persuasivas, el buen conde consigue que la calma se imponga entre sus temerosas huestes.

Tres días sucesivos, duró —al decir del Poema—, la famosa batalla de Hacinas; desde luego una de las más disputadas y sangrientas —en boca de los juglares— de las que el buen conde fue capitán y artífice. La mortandad y los actos de heroísmo, por uno y otro bando, los describe el poeta con trazos tan merecidos como amplios. Como arquetipo de inspiración a la par justiciera y poética, copiamos, a continuación la estrofa 491:

**«El Conde don Fernando, ese leal cabdillo,  
Parecía entre todos, un fermoso castillo;**

**Había en la faz primera abierto un gran portillo,  
llevaba en el escudo señales de cuchillo.»**

Las angustias y zozobras del gran conde, en el largo correr de tres jornadas, indecisas y duras, aparecen magistralmente retratadas, a lo largo de más de 80 estrofas de la «quaderna via». Al fin, la victoria sonríe a las armas de Fernán González, pero no sin la tercera y clara ayuda de lo Alto, representada aquí por el Apóstol matamoros. Santiago, ya que:

**«Querellándose a Dios el Conde don Fernando,  
los hinojos hincados, al Criador rogando,  
oyó una gran voz que le estaba llamando:  
¡Fernando de Castiella, hoy aumenta tu bando!**

**«Alzó arriba los ojos por ver quien le llamaba,  
y vió que el santo apóstol, encima del estaba,  
con él, de caballeros gran compañía llevaba,  
todos armas cruzadas, segund le semajaba.»**

**«Fueron contra los moros las aces preparadas  
nunca vió nengund hombre gentes tan esforzadas;  
el moro Almanzor con todas sus mesnadas  
fueron luego con ellos fuertemente embargadas.»**

Desde entonces, la suerte está echada: la morisma, acorralada, huye por todas partes seguida y acosada por las huestes del victorioso Conde, quien ve finalizar con tan cumplido éxito uno de los más bellos días de su agitada y tumultuosa vida:

**«Se acrecentó su esfuerzo, todo el miedo perdieron,  
en los pueblos paganos gran mortantad fizieron,  
las huestes africanas sufrir non las pudieron,  
tornaron las espaldas, del campo se movieron.»**

La batalla de Hacinas, fidelísimo exponente de la fe espontánea y candorosa de la baja Edad Media, carece de todo aval documental e histórico; puesto que ni en los anales ni en las crónicas, hallamos cita alguna a ella referente. Es, pues, una grandiosa y feliz creación de los juglares que supieron dar luz y vida a relatos escuchados del pueblo, que impresionado, seguramente, por algún acaecimiento o lucha extraordinarios,

sucedidos en las proximidades de esta localidad, supieron infundir un aire de realidad a este bello relato. La historia —en fin de cuentas, no se forja sólo con documentos y diplomas sino también con tradicionales relatos de juglares.

## IV

### SUCINTA GENEALOGIA Y BREVE NOTICIA DE LOS PRIMEROS AÑOS DEL BUEN CONDE

Después de haber estudiado en mis tres anteriores artículos, otros tantos momentos cruciales de la vida turbulenta y hazañosa del gran conde, cierro la serie con este último, dedicado a estudiar los orígenes de la gloriosa progenie fenangonzaliana y los primeros pasos por la vida del hazañoso conde, artífice supremo de Castilla.

Esta hermosa región, madre de hombres y pueblo se exorna y acicala en los remotos días del medievo, con muy bellos y emotivos rincones, uno de éstos es Lara, cabeza de condado de una ilustre progenie que al filo de su espada y en contienda constante contra los mahometanos, ha logrado afincarse en este viejo y legendario solar, encajado en paraje de austera y viril castellanía, en el que se enraizan hasta sesenta y seis pueblos y villas sujetos a su fuero y cuyos límites, en la lejanía histórica del siglo X eran los que se siguen: Por el N., avanza hasta Hontoria de la Cantera y Revilla del Campo, ascendiendo esta línea hasta el río Arlanzón, y vanzando hasta la Rioja. Por el S., encaja sus límites en el alfoz de la vecina Clunia, sierra de Cervera, Mont Molare (Mamolar) y el río Lobos. Tal era, en línea generales, el amplio alfoz de Lara, que en tierras burgalesas coincide con Salas, excepción hecha de Santo Domingo de Silos y Huerta del Rey que ostentan personalidad propia. No ha sido empresa parva esta conquista, ganada día a día, en lucha contra el moro, y si hemos de dar fe al Cronicón inserto por el P. Risco en sus «Reyes de León», página 196, sabremos que: «In era DCCCCL (año de Cristo de

912), populaverunt comites Munnio Munniz Rauda (Roa), et Gundisalvus Telliz Hocsuma (Osma), et Gundisalvus Fernandez Azam et Clunia et Santiestephani (Aza, Clunia y San Esteban de Gormaz), conquistas éstas, que en unión de otras, han de ser afirmadas, con posterioridad por Fernán González, conde inicialmente de Lara y luego de Castilla. Por estos campos que cantó el Romancero, vive, anda, medita, lucha y sueña, un tipo humano, sobrio, animoso, tenaz en sus empeños, duro en el pelear, como pocos altivo, soldado amante y disciplinado hacia sus jefes y con bien enraizadas creencias religiosas. Como medio de expresarse utiliza un habla aun agrídulce como fruto no del todo maduro, pero cuajada ya de muy bellas leyendas, canciones y decires. Su pie, seguro y firme sabe hollar, por igual, los riscos abruptos y bravios, que el sosegado ambiente de sus bellas y muy amplias llanadas.

El maestro Gonzalo de Berceo, en una de sus bellas estrofas de la «quaderna via», alaba complacido, la fecundidad y aun el encanto de los campos de Lara, afirmando:

**«Vedia sobre la siella muy rica acitara,  
non podria en este mundo casa ser tan clara.  
Dios solo faz tal cosa que sus siervos empara;  
que non podrie comprarla todo el alfoz de Lara.»**

Tales eran, en los albores de la centuria décima, el paisaje y los hombres de las tierras de Lara; el medio ambiente ha cincelado un tipo sobrio, abnegado, creyente y arrojado en la lucha, que en los días calamitosos que muy pronto vendrán, sabrá ensanchar, primero el condado de Lara, después el de Castilla, y con ésta, como madre fecunda, la geografía entera de la Patria Española.

## EL HEROE

Tratando de llevar la necesaria luz, a las forzosas tenebrosidades de tan lejanos días, intentemos, siquiera trazar de una manera breve, la genealogía del más recio caudillo de Castilla, del gran Fernán González, quien en las tierras de Lara, cual ninguna otra campo de sus hazañas, supo labrarse, al empuje de famosas y aun casi increíbles victorias, el pedestal más legítimo de su fama guerrera. No tiene apoyo documental y por

lo tanto serio, la ascendencia señalada por los viejos cronistas, quienes para aún más enaltecer la prosapia del Conde, trataron de entroncar esta su rama familiar con la de Diego Porcelos, el fundador de Burgos, al través de las generaciones sucesivas de éste, como cabeza de linaje, de su hija Sulla Bella, la pretendida esposa del germano Nuño Belquidez; Nuño Núñez Rasura; Gonzalo Núñez y Fernán González. Pero este Nuño Belquidez, de quien por primera vez, hallamos una cita sino documental, tradicional, al menos, no soporta el empuje de una seria y razonada crítica histórica, ni se le puede otorgar una mayor importancia que la de un personaje creado, a posteriori, para pretender tender un puente entre el pueblo germánico y la fundación de nuestra capital. Tales nombres, pues, de Nuño Belquidez y de Gonzalo Núñez, supuestos bsiabuelo y padre del conde de Castilla no se les puede otorgar, en sana crítica, un valor superior al de una atractiva ficción genealógica.

Escudriñando entre el acervo de escrituras y documentos que integran los nunca bien ponderados «Cartularios», que como prueba de su bien cimentada cultura, formaron, primero, y guardaron celosas, después, las viejas Abadías castellanas, habremos de encontrar en algunas de dichas escrituras, referidas a las postrimerias del siglo IX y principios del X, los nombres de aquellos dos famosos personajes que se llamaron Gonzalo Téllez, conde de Lantarón, repoblador de Osma, y Gonzalo Fernández, conde de Burgos, confirmante de los Fueros de Brañosera, el cual conde, en muy sonadas luchas contra los mahometanos, supo pasear sus huestes victoriosas hasta Clunia, San Esteban de Gormaz y Aza; dominando, naturalmente, sobre el alfoz de Lara, sus tierras de familia, siendo, seguramente, el reedificador de la población y fortaleza de este nombre, cuyos mordidos restos llegaron a nosotros, en fecha aproximada al año 900. En este incansable luchador, conde de Lara y Burgos, llamado Gonzalo Fernández, y su egregia esposa, aquella gran señora que se llamó Muniadonna, la «comitissima» o condesísima, como ella misma se hace llamar, con evidente falta de modestia, en diversos documentos de la Abadía de San Pedro de Arlanza, hemos de ver, apoyados en sólidos testimonios históricos, los padres del buen conde.

Seguramente que por estos ásperos e impresionantes campos de Lara, corrieron los años de la infancia y de la pubertad

del héroe futuro, habituándose, al lado de su tan ilustre como animosa madre, de una parte, a la caza mayor o de altanería, remedo de la guerra y aún a la guerra misma; de otra, a los sublimes y entrañables misterios de nuestra religión, practicados, seguramente, de modo fundamental, en aquellas famosas fundaciones religioso familiares que se llamaron: San Pedro de Arlanza, Santa María de las Viñas y San Millán de Belbimbre, por no citar más que los nombres cumbres. No resiste, en este orden de ideas, el empuje del testimonio histórico, la especie tardíamente vertida por el monje autor del Poema de Fernán González, que hace criarse pobre y furtivamente a nuestro conde, en tierras santanderinas, bajo la tutela y vigilancia de un encubierto y modesto carbonero, según reza la estrofa de la «quaderna vía» que copiamos a continuación:

**«Furtole un pobrecillo que labrava carbon,  
Tuvol en la montanna una muy grand sazón,  
Quanto podía el amo ganar de su menester,  
Todo al su buen cryado daba muy volonter,  
Avya quando lo oía el moço grand plazer.»**

En nuestra modesta opinión, no debemos dar al relato de esta ingenua estrofa de la «quaderna vía», otro valor distinto que el generoso intento de aunar, si es que ello era posible, los méritos humanos de aquella gran figura. Fernán González es con evidencia histórica criazón y hechura de las tierras de Lara, y en estos campos cuajados en la realidad, y a la vez, henchidos de leyenda, habrá nuestro héroe de engarzar, en su brillante y ascensional estela de victorias, las gemmas preciosísimas que se llamaron triunfos de Cascajares, de Carazo y de Hacinas entre otras varias del mismo valor que no niega la historia y que la trompa épica y los relatos sabrosos de los juglares difundieron por campos y ciudades.

He aquí, brevemente trazada, una semblanza de la genealogía y primeras andanzas de esta insigne figura nacional que supo, después, llenar con sus hechos insignes, reales unos y fabulosos otros, muchas y bellas páginas de la historia eterna de Castilla. Aunque con baja lira, he intentado cantar en esta glosa integrada por los cuatro artículos a ella dedicados, la existencia recia, entrañable, difícil y multiforme del buen Conde.

Ismael G.<sup>a</sup> RAMILA